

Este libro es del Noviciado.

COMPENDIO

DE LA VIDA

Del Beato Juan Grande,

CONOCIDO POR

EL PECADOR

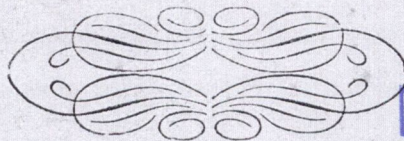
RELIGIOSO PROFESO DE LA ORDEN

DE S. JUAN DE DIOS.

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

P. A. de A.



BIBLIOTECA
Facultad de Teología

Nº 168420

Compañía de Jesús
GRANADA

CARMONA:—1856.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARIA MORENO.

Calle Juan de la Cabra núm. 5.

Portada enviada por el Archivo Municipal de Huelva,
tras comprobación.

235.211
J846
A
6. C. 923
Grande
C 68

EL TRADUCTOR

A el Padre Teodomiro de Carmona Guardian que ha sido del convento de Capuchinos de Marchena, y hoy capellan en la Iglesia del mismo convento, nombrado por el Esmo. Sr. Duque de Osuna, Arcos, etc.

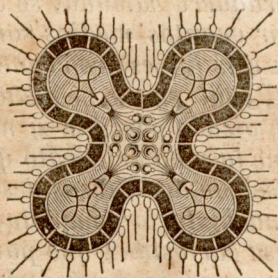
Muy Sr. mio: solo para que V. y las personas mas allegadas á V. lean y sepan la santa y ejemplar vida de su compatriota el BEATO JUAN PECADOR, me he determinado á traducir el presente compendio. Es el primer ensayo de traduccion que hago en el italiano, y es regular que lleve algunos defectos, sin embargo espero que se servirá acojerlo benévolamente como una prueba del respeto y afecto que le profesa el que B. S. M.

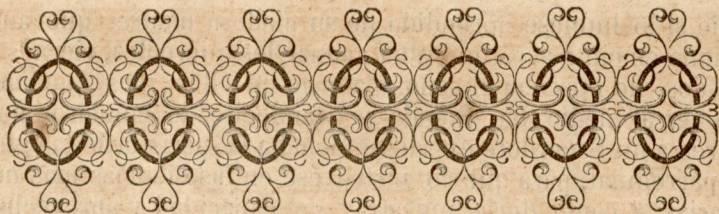
ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Aunque el presente compendio, que un sacerdote de la misma orden de San Juan de Dios recopiló de la vida de Mascarenas y de los expedientes seguidos para su beatificación, debe recomendarse á toda clase de personas atribuladas y enfermas, no menos que á los miserables pecadores y encarcelados, por que trata de un Beato que fué para ellos todo caridad y misericordia; sin embargo, tambien lo ofrecemos muy particularmente á las almas piadosas que con sincero deseo y verdadera caridad, se esfuerzan en agradar y unirse á Dios por cuantos medios son licitos á una criatura mortal. Para este fin es preferible un simple compendio, por que en él, cual en un pequeño y limpio espejo, se puede de una sola ojeada percibir y notar mas facilmente todo lo que contiene la vida del Beato que debe imitarse, sin peligro de distraerse con las difusas descripciones que suelen introducirse en una historia completa, mas bien para dar pasto á una piadosa curiosidad que para alentar en la senda de la virtud á una ávida piedad. Las instrucciones además que la vida de nuestro Beato ofrece para este fin, no pueden ser mas seguras ni mas eficaces; no solo para meramente practicarlas, sino por que guian á el alma para que por un camino enteramente conforme á los preceptos evangélicos, ascienda á unirse intimamente con Dios. Y en efecto

= VI =

en él se muestra un alma purísima y humilde, que con amable simplicidad y rectitud de corazón, ansia conocer la voluntad de Dios, con solo el fin de agradarle; y conocida únicamente por las vías ordinarias que la Iglesia indica, procura cumplirla con la misma sinceridad y constancia; consumándose, sin omitir sacrificios, en continuo holocausto de caridad á Dios y al prójimo. ¡Oh breve y seguro camino de agradar y unirse á Dios! ¡Cuan pocos son los que te emprenden animosos, á pesar de la facilidad de conocerte! ¡Muchos sí, dicen y protestan buscarte y querer seguir la voluntad del Señor; pero con este pretexto realmente anhelan á solo conseguir comodidad y propios goces!





I.

Nacimiento y angélica infancia del bien-aventurado Juan.

En la antigua y rica ciudad de Carmona, situada á seis leguas de Sevilla en la feráz provincia de Andalucía, de Cristobal Grande y de Isabel Romano, no muy ricos, pero piadosísimos padres nació el 6 de Marzo de 1546 el Beato Juan, que despues tomó el sobre nombre de Pecador. Desde los primeros instantes de su vida quizo Dios manifestar su futura santidad, y especialmente la estraordinaria humildad de que fué modelo, pues su madre que atacada hacia tres dias de los dolores del parto, recorria delirante toda la casa, buscando inutilmente algun alivio, no lo halló hasta que al entrar en una cuadra lo dió instantáneamente á luz siendo tan feliz el parto y tal el brillante resplandor que iluminó aquel humilde establo, que pasmó y maravilló á todos. Los tan bien concebidos presagios no tardaron mucho tiempo en realizarse, pues Juan

como si lo hubiese aprendido de su piadosa madre, que aun estando en cinta acostumbraba ayunar los miércoles, viernes y sábados, no buscaba el seno materno en ellos mas que una sola vez al medio dia. Siendo ya grandecito, lo confiaron sus padres á un Sacerdote que desempeñaba la sacristia de la Iglesia parroquial, para que lo instruyese en las ciencias mas necesarias; y como diese muestras de capacidad y aprovechamiento, prendado el buen maestro de la cordura del niño pensó prepararlo para el sacerdocio. Además de una precoz y sagaz inteligencia manifestó tambien devocion particular al Santisimo Sacramento del Altar, por lo que movido de ella procuraba ayudar todas cuantas misas podia: ayudándolas con tal recogimiento que escitaba en los circunstantes sentimientos de tierna edificacion.

La devocion que el angélico jovencito profesaba á la Santisima Virgen Maria, no era menos afectuosa y ferviente, pues desde niño el que fué despues ínclito Patriarca de los hospitales de San Juan de Dios, acostumbraba desahogar diariamente las tiernas sensaciones de su filial compasion á tan amada y dulce madre, compadeciéndola mas particularmente por el abandono en que quedó en la tierra despues que Jesus se separó de ella para ascender á los cielos. Nuestro Beato pues, que debia ser su prosélito y émulo, en cuanto se veia libre de las ocupaciones escolásticas, corria á la Iglesia para prosternarse ante el Altar de Maria, y allí con algunas velas encendidas pasaba muchas horas en afectuosas oraciones y suaves coloquios. Cuando el Sacerdote Sacristan advirtió esto, y apesar de sentirse edificado, le reprendió por el inoportuno consumo de la cera; pero nuestro jovencito despues de pedirle perdón con ingénua modestia, se escusaba haciéndole presente que las velas no se consumian. El maestro que al principio no hizo caso de esta excusa, advirtió bien pronto el prodigio, y provándolo primero por sí solo, y despues acompañandose con otros, quedó convencido de que se verificaba lo que decia el niño.

Honraba muy particularmente al Evangelista San Juan y á la célebre virgen y mártir Santa Ines, á quien llamaba su dulce madre, siendo tal el afecto y devocion que tenia á los

santos que mas se han distinguido en la pureza virginal, que dió una prueba inequívoca de amar y tener en mucho esta angélica virtud. Para conservarla fielmente en las batallas peligrosas que le preparaba el infierno, se disponia cual varon fuerte, templando sus armas, segun ya se ha dicho en el fuego de un amor ardentísimo á Jesus Sacramentado y á la Inmaculada Virgen Madre Maria. Como no ignoraba que para vencer al demonio de la impureza, se requieren ayunos y oraciones; además de las mil mortificaciones que se imponia, se azotaba hasta destrozar cruelmente sus inocentes carnes; y hubiera sufrido gravísimos males, si por disposicion particular del Cielo no se le cerraran las llagas tan luego como se las hacia.

En tanto que el Beato jóven se entregaba de tal manera á su devocion y amor á Dios y á sus Santos, disponiéndose con las mortificaciones para avanzar en el camino de la perfeccion, cimentaba aquella caridad á los pobres y afligidos preludios de su vocacion. Tanto y tambien compadecia y socorria el Beato desde sus mas tiernos años, las miserias de ellos, que solo con verlo á su lado se consideraban consolados.

II.

Aplicanlo sus padres al comercio pero advertido por la B. V. se retira á Marchena y despues á Jerez de la Frontera donde asiste á los presos.

Quince años contaba ya Juan cuando murió su padre, pero habiendo contraido su madre segundas nupcias, se le envió á

un comerciante de géneros de Sevilla para que lo instruyese en este ramo de comercio. En los cuatro años que estuvo con él, ayudado con la gracia de Dios que se manifestaba en cuanto emprendia, y uniendo á un alma cándida y recta, atentos y francos modales, desempeñó su cargo tan felizmente que se atrajo no solo el aprecio y la admiracion de todos los parroquianos, sino tambien los de su amo. Este experimentó un vivísimo pesar cuando sus padres en 1565 lo volvieron á Carmona para ponerle y confiarle un establecimiento de la misma clase. El éxito que tuvo es imposible describirlo: tan cierto es que la mentira y el engaño no son necesarios para prosperar en el comercio. Sin embargo debemos convenir que es muy difícil conservar pureza absoluta en semejante ocupacion. Juan consiguió conservarla siempre, pero no por eso dejó de experimentar angustias y amarguras de conciencia. Su particularísimo deseo de alcanzar la perfeccion evangélica y el temor que tenia siempre de incurrir en alguna mentira le hicieron presentir que Dios lo quería en otra ocupacion; así es que instigado por este presentimiento, *suplicaba* continuamente á la Bondad divina con fervientes oraciones, lágrimas y suspiros para que lo iluminase; dirigiéndose lleno de confianza como se habia dirigido San Juan de Dios, á la Piadosa Virgen para que le concediese conocer en lo que serviria mejor á su Divino Hijo. Una noche que le habia rogado con doble fervor que el ordinario se le apareció en vision y enseñándole un hábito de sayal le dijo: *mira el vestido que debes usar: con él servirás ó mi hijo y me complacerás*. Desvanecida la vision se encontró sumamente consolado, y no dudando ya del llamamiento celeste, consultó con su confesor sobre el medio mas pronto de ponerlo en práctica.

Superados con repetidas y fervorosisimas oraciones los fieros embates con que el mundo y el demonio acostumbra turbar las santas resoluciones de todo el que se dedica á servir á Dios, abandonó nuestro Beato el comercio, su patria y á sus padres, y se retiró á la Ermita de santa Eulalia de Marchena á nueve leguas de Sevilla para dar principio en él á su nuevo género de vida. Allí vestido de tosca, lana, descalzo y con la cabeza descubierta se entregó enteramente á el fervor de con-

linua oracion y aspera penitencia á que interiormente se sentia llamado. Medio con que la gracia de Dios acostumbra predisponer cuando quiere á las almas generosas, para que hagan grandes cosas en su servicio. El espiritu maligno redobló sus ingeniosas tentaciones, pero Juan para vencerlo no aflojó un ápice su invicta constancia. Mas le costaba dominar las vanas exigencias del respeto humano y su amor propio. Para reprimirlos y abatirlos de un todo resolvió mudar su nombre de Juan Grande en el de Juan Pecador, nombre con que de hecho fué llamado por todos y con el que se le conoce y venera hoy en toda Andalucía, especialmente en la diócesis de Sevilla. Y no se crea que se contentó con esta simple esterioridad, como otros muchos, que suelen ocultar el orgullo que hinche su corazon con palabras y títulos de humildad; y el deseo de ser alabados hajo simuladas humillaciones. No: Nuestro Beato repetia él mismo y oia este sobrenombre con un sentimiento siempre nuevo de santa confusion: en él consideraba una reconvencion cantinua de las ofensas y agravios que creia haber hecho á Dios, castigándose con la misma austeridad que podia hacerlo el mas grande penitente, apesar de haber tenido una vida tan pura que juzgando piadosamente, puede creerse que no la contaminó nunca con culpa grave. No satisfecho el austero penitente todavia con esto, condujo á lugar cómodo, que bien pronto se llenó con otros semejantes, á dos pobres abandonados y enfermos, á quienes nuestro Beato remediaba en todas sus necesidades, tomándose el caritativo afan de buscarles abundantes limosnas, que él mismo pedia de casa en casa, como San Juan de Dios, á quien como verdadero hijo procuraba imitar.

Dios que no queria limitar la virtud de su siervo á tan estrecho campo, permitió otra vez que dudase y se angustiasse sobre su vocacion; y cuando pensaba retirarse á la vida solitaria le advirtió por medio de una vision nocturna que la ciudad de Jerez era el sitio á donde lo llamaba. Recordando entonces Juan que en Carmona su patria habia oido la misma intimacion se preparó á cumplirla. Costeando pues el Guadalquivir hácia su entrada en el mar, bien pronto se halló enfrente de la suspirada Jerez. Esta hermosa y considerable ciudad

está situada en los confines de Andalucía diócesis de Sevilla, á dos leguas cortas del Puerto de Santa Maria, y como Granada para San Juan de Dios, esta fué elegida para afortunado campo de la heroica y prodigiosa caridad de nuestro Beato, eleccion con la que Jerez realzará el sobrenombre de la católica España mas que con sus edificios y productos. Dificil si no imposible será demostrar el júbilo que experimentó el Beato cuando dió vista á Jerez: bendijo á Dios, y apretando el paso entró en la ciudad dirigiéndose al convento de San Francisco. Alli el corazon de Juan sinceramente piadoso y deseoso de hacer solo la voluntad de Dios, le rogó con todo el fervor de su alma que se la indicase, para cuyo fin se acercó primero al Santísimo Sacramento, y despues á el mismo Padre que lo habia confesado, esponiéndole todo cuanto sentia en su interior para que de parte de Dios le prescribiese lo que debia hacer en Jerez. Antes de pasar mas adelante debemos llamar la atencion sobre la prudente y juiciosa conducta del Beato, advirtiéndole que á pesar de las visiones que habia tenido y de su fervor exesivo de oracion no se fió de si mismo sino que con la mas humilde y sincera docilidad, recurrió al consejo y decision del ministro de Dios. Este le aconsejó que asistiese á los pobres encarcelados con toda clase de auxilios, y hasta que pidiese limosna para ellos. Tal vez parecerá erróneo este consejo á algunos sabedores ya de que la vocacion del siervo de Dios era para asistir á los enfermos; pero como fué dada por el director espiritual, no comete error el que, deseando solo conocer la voluntad de Dios, presta obediencia. Sabedor Juan de esta máxima, y cofiado en aquel Dios que todo lo dispone admirablemente para nuestro bien y su gloria, no exigió otras esplicaciones, sino que ofreciéndose y consagrándose voluntariamente á su Señor Sacramentado voló á las cárceles y derramó en ellas todo su corazon en beneficio de los infelices, con tal espansion, generosidad y caridad que el carcelero, los demas empleados y hasta los habitantes de Jeréz lo favorecieron con su proteccion y abundantes limosnas. No faltó tampoco al Beato en que egercitar su espíritu de mortificacion, pues entre los mismos á quienes socorria encontró á menudo no solo ingratitud é injurias, sino hasta golpes; pero

todo lo sufría con paciencia é interna alegría porque en ello veía un incentivo para redoblar su caridad, principalmente en favor de los mas desagradecidos é ingratos.

III.

Dios lo llama para que asista á los enfermos en el hospital civil: establece otro nuestro Beato, y asóciase otros compañeros.

Ya hacia tres años que el siervo de Dios ejercía el apostolado de caridad en las cárceles, cuando un día en que mas aquejado por las insolencias de aquellos ingratos, rogaba al Divino Redentor para que lo confortase con la paciencia necesaria, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo todo llagado y en estado tan lastimoso, que se desmayó de dolor, anunciándole que lo quería en el hospital, sirviendo á los enfermos, con las siguientes palabras. *Juan asiste á mis pobres y en ellos me curarás estas llagas.* Iluminado y confortado el Beato con esta vision, abandonó las cárceles con su habitual presteza y corrió á desahogar su caridad en el hospital público de Jerez; pero no podia haber llegado en ocasion mas inoportuna. Hacia poco tiempo que habia sido aprehendido y ejecutado un famoso impostor que se titulaba Padre de los pobres, por que ademas de otros delitos, abusando del nombre de San Juan de Dios tan venerado allí, y frecuentando el hospital para engañar mejor la piadosa credulidad de los habitantes, se habia alzado y fugado con una considerable cantidad de dineros que habia recogido de limosna para los enfermos. Con tan funestos ante-

cedentes entró nuestro Beato en el hospital, y aunque advirtió por el frio acojimiento que le tuvieron que se sospechaba de él, no se desaminó sin embargo; por el contrario, confiando en Dios, se dedicó inmediatamente á ejercer su heroica caridad. Tanta confianza en Dios y tanto valor no podian menos de merecer la proteccion del cielo. Luces y gracias extraordinarias unidas á el recuerdo continuo y vivo de Jesucristo chorreando sangre, alentaron su ánimo de tal manera y escitaron un deseo tan vehemente de padecer por su Redentor que no podia contenerlo en sí, y en vez de irritarse cuando lo insultaban ó injuriaban, daba las mas tiernas gracias á Dios y sufría con frecuencia hasta bofetones, puñetazos y patadas de algunos desarmados de la plebe.

Para mas satisfacer á su siervo, Dios que siempre es admirable para dirigir las almas que ama, preparó un acontecimiento que traspasando hasta lo mas íntimo el corazon de Juan debia proporcionarle al mismo tiempo su mayor triunfo. Las vivas amonestaciones que hacia á los enfermeros, y mas que nada la ejemplar dulzura y caridad con que trataba á los enfermos eran una reprehension amarga y continua para los encargados y criados del hospital, no solo por el modo poco fiel y caritativo con que administraban los bienes, sino por lo mal que cuidaban de aquellos así que se concertaron para librarse de él y tanto intriguaron con especiosas razones que lograron se le despidiera. Nuestro Beato recibió la intimacion con humilde paciencia, por que sabia que las disposiciones divinas, aun en los santos deseos, deben respetarse; pero la idea de ver entregados á sus pobres enfermos á semejantes personas, y la de no poder con su caridad aliviar en parte las penas que les harian experimentar, formaban en su desconsolado espíritu un interesante contraste con su resignacion ¡Ah Beato Juan! ¿No sabes que la causa de los pobres es la causa de Dios? El divino Padre de las misericordias inspiró entonces en el piadoso y generoso corazon de dos ricos caballeros de Jerez el deseo de fundar un hospital capaz para reparar los males causados al siervo de Dios y principalmente los causados á los pobres. Este piadoso pensamiento se efectuó muy pronto, y con esfuerzos tan generosos, que

en 1574 se estableció y confió al Beato un hermoso y estenso hospital ricamente provisto de todo lo necesario. Objeto de ternura y admiracion fué para todo Jerez ver concurrir á él enfermos de todas clases y de todas partes, y á Juan acogerlos cual tierna madre con indecible amabilidad, proveyendo á todo y velando sobre todos con un cuidado y orden sobrehumano. Tan grande, tan ilimitada y tan general fué la confianza que inspiró este acontecimiento en toda la ciudad que al momento se agregó á su hospital el de los Peregrinos, perteneciente á la hermandad de San Juan de Letran de la que eran miembros mas principales dos generosos caballeros bienhechores llamados Agustin de Villavicencio y Juan Nuñez de la Cerda.

A medida que crecia la confianza general en el Beato, redoblaba este la que tenia en Dios, estendiendo su caridad sin limites. No permitiendo su corazon dejar sin socorro á los que por falta de local ú otro motivo no podia admitir en su hospital, salia de noche á pedir limosna por la ciudad á ejemplo de San Juan de Dios, y cuando decia las compasivas palabras: *Haced bien hermanos* todos se enternecian y le daban abundante limosna. La exesiva é incomparable generosidad le hacia con frecuencia experimentar angustias y estrecheses; pero en estos casos recurria á Dios y quedaba no solo prodigiosamente socorrido, sino alentado además con gracias extraordinarias, cual si oyera una voz celeste que le digera á voces: *Juan no te desanimes, los pobres estan á mi cuidado y no permitiré que les falte nada.* Nuestro Beato aunque sostenido con prodigios, no hubiera humanamente podido continuar ejercitando una caridad que en vez de disminuir crecia. Conoció así, y la necesidad de asociarse algunos fervorosos compañeros, hasta en lo que la divina Providencia se mostró generosa y pronta, pues fueron muchos los que pretendieron unirle exitados por la divina gracia y por el ejemplo de Juan. De ellos mencionaremos solo dos por que fueron los que mas sobresalieron entre los demás en mérito extraordinario y murieron en gran concepto de santidad. Uno fué Juan Pecador el menor, primo de nuestro Beato, religioso de virtud y penitencia admirables, que murió en la misma ciudad de Jerez y

fué sepultado en el mismo hospital. El otro todavía mas célebre fué Pedro Egiziaco, natural de Veger, diócesis de Cádiz y que tomó el hábito á los 19 años. Este era un religioso tan dado á la oracion y á la contemplacion desde niño, que en cualquiera cargo sabia recogerse á ellas, sin disminuir su celo ardentísimo á la hospitalidad, y curaba á los enfermos mas bien con las oraciones y las gracias que obtenia que con los recursos humanos. Trabajó mucho en el arreglo é incremento de la orden de la que fué dos veces general, y favorecido de extraordinarias gracias y visiones murió en Madrid de 63 años el 3 de octubre de 1650. Estos dos y algunos otros dotados de iguales virtudes fueron los primeros compañeros que animados de caridad extraordinaria ayudaban con santa emulacion á su Beato hermano y superior, previniéndose unos á otros en los oficios mas asquerosos y mas penosos para servir á Dios en sus pobres.

IV.

Asóciense el Beato y sus compañeros al instituto de San Juan de Dios: confiásales el hospital mayor y todos los demas de Jerez.

Veinte y nueve años hacia ya que habiamuerto San Juan de Dios, y ocho que San Pio 5.º habia aprobado la orden, cuando nuestro amado Beato, deseando sujetarse á obediencia y dar estabilidad á lo hecho, pasó á Granada de acuerdo con sus compañeros para tomar el hábito y profesar en la orden de HACED-BIEN-HERMANOS; de cuya caridad y espíritu se encontra-

ba tan bien animado y habia dado tan heróicas pruebas. Entró pues en la orden el año de 1579, teniendo treinta y tres de edad, con sumo contento de los hijos de San Juan de Dios, que ciertamente no esperaban ver enriquecido tan pronto su instituto naciente con aquella escogida banda de héroes de caridad.

Su agregacion á el citado instituto fué para duplicar en los trece años que todavia vivió, no solo su celo, sino sus padecimientos. El Cardenal de Castro, Arzobispo de Sevilla, se consagró á sostener y promover la obra de nuestro Siervo de Dios por la grande caridad que profesaba á los pobres, como antes que él se habia consagrado el Arzobispo de Granada á San Juan de Dios. Cansado ya de oir las quejas que se le daban de los administradores y sirvientes de los hospitales de Jerez, se propuso confiarlos todos al Beato Juan para que al menos los dirigiese y vigilase. Habiendolo invitado para que fuese á Sevilla, en donde se le recibió por toda clase de habitantes con vivas muestras de veneracion, le manifestó y propuso su proyecto; pero el Beato que por una parte deseaba con ansia aceptarlo para mas desahogar su caridad, queria por otra rehusarlo por no causar daño, como creia causarlo, á los que le habian perseguido y maltratado. El Arzobispo, conociendo facilmente la causa de la lucha que interiormente experimentaba por su grande humildad y no menor generosidad para con sus enemigos, le mandó que sin titubear mas se hiciese cargo de todos los hospitales de Jerez, ofreciéndole al mismo tiempo su proteccion y amparo en todo. Juan entonces se resignó, y sometiéndose de corazon á sufrir cuanto se le preparaba, apresuró su regreso á Jerez. La noticia de la mision confiada al siervo de Dios, le habia sin embargo precedido, y habiendo espantado y despechado á los encargados en el hospital mayor de los Remedios, intentaron estorbarla con perversos amaños, para evitar los severos castigos que merecian y debian justamente sufrir por su vituperable conducta, si la venganza de los Santos, en vez de modelarse al Crucificado, se dejara llevar de las bajas pasiones del mundo. Los miserables consiguieron al fin con refinados artificios y diabolicas calumnias, preocupar contra Juan al pueblo y has-

ta á los mismos á quienes habia favorecido; de modo que á su llegada tuvo dolorosas pruebas. Juan apesar de esto creyó que con su dulzura, su paciencia y su humildad vencería á sus adversarios; pero ¿qué puede la virtud en corazones cegados por la envidia y por la avaricia? La persecucion llegó á tanto que el siervo de Dios y sus compañeros tuvieron que esconderse algunos dias, no solo para evitar injurias, sino para salvar sus vidas de las asechanzas y peligros que las amenazaba. Imposible seria describir los sufrimientos que por esta circunstancia experimentaron; baste decir que su longanimidad y prudencia en vez de calmar parecía enrudecer la rabia de sus enemigos; y tan indigna guerra hubiera sin duda concluido con algun monstruoso y sacrilego atentado contra el siervo de Dios y sus compañeros, si la pródiga proteccion del Cielo, no hubiera puesto fin á tan graves persecuciones con la muerte repentina de dos de sus mas encarnizados enemigos.

V.

Heroica humildad y estraordinaria penitencia y paciencia del Beato.

Todas cuantas virtudes forman á los verdaderos observadores del Evangelio, las poseia el Beato Juan Pecador en grado verdaderamente heroico, como asi lo proclamó y decidió solómnemente Pio 6.º de s. m. á fines del año 1775; pero en la que mas sobresalió fué en la humildad ó al menos esta virtud fue la que compitió con su muchisima caridad. Tenia formado de si un concepto tan íntimamente bajo que no solo estaba persuadido de que debia buscar ocasiones de humillarse sino que lo consideraba un deber de conciencia, aunque

segun debemos creer, esta no pudo vituperarle nunca culpa alguna grave. Animado de estos sentimientos, si acontecia que lo injuriaban, ó le referian que algunos lo acriminaban, en vez de resentirse, procuraba escusar y defender á sus acusadores y perseguidores, y si alguna vez se oía alabar, se contristaba, manifestando grande pesar por ello. En semejantes ocasiones, que eran frecuentes, ó cuando los Magistrados, los Prelados y hasta los oradores sagrados lo encomiaban, ya públicamente, ya en el púlpito, apesar de estar en vida el buen Juan, sino podia otra cosa, exclamaba llorando y suspirando tristemente: *Sí, hermanos, bendigamos al Dios de todo bien*, y atribuía constantemente todo á Dios. Era tan edificante en la práctica de la humildad, y tan admirable la industria de que se valia en las curas y gracias que obtenia para sus semejantes qué por tener un pretexto para atribuirles á la fé y ruegos de ellos, siempre les hacia agregar alguna oracion á su amada Dolorosa Madre.

Esta humildad ofrecia un espectáculo enteramente nuevo, cuando se hallaba, por decirlo así, en contraste con las gracias con que Dios suele exaltar á sus humildes siervos. Como veremos mas adelante eran frequentisimas las veces que Dios públicamente y á vista de todo el mundo arrebatába á si este alma predilecta, en éxtasis maravillosos. La vergüenza y confusion que en tales ocasiones sufria el humildísimo siervo de Dios, son imposibles de describir. Sucedia á menudo que vuelto en si, y al verse rodeado de gente, pedia perdon y se escusaba, llorando como si fuera culpable de escándalo; dando al mismo tiempo tales muestras de dolor interno en sus acciones y palabras que los espectadores, ocultando su admiracion para no acrecer su dolor y confusion, no sabian que admirar mas, si la humildad de Juan, ó los dones extraordinarios con que le favorecia continuamente el Cielo.

Las mortificaciones y penitencias eran cual debian serlo para un alma tan humilde. Desde pequeñito usaba silicios, cadenillas y ataderos de cuerdas. No vestia mas que áspera y tosca lana sobre las carnes; siempre andaba con la cabeza descubierta y los pies desnudos y dormia ordinariamente sobre una tabla y hasta en el suelo, sierviéndose de una pie-

dra por almohada. Su reposo era breve, por que dedicaba las dos ó tres horas antes de amanecer á orar de rodillas; y no pocas veces pasaba toda la noche orando, absorto en profunda contemplacion, ó azotándose cruelmente hasta hacerse sangre; cuya penitencia, que era casi cotidiana, no tenia limites en tiempos de penitencia ó de alguna calamidad pública, pues entonces se hacia atar á una columna y azotar por un confidente suyo. Cuando ocurría algun castigo público, no se satisfacía con esto, sino que salía por las calles y plazas de Jerez cubierto con un saco y ceniza gritando desde lo mas intimo de su enternecido corazon: ¡Penitencia hermanos! ¡Misericordia Dios mio! A este espectáculo y al oír estas voces el pueblo todo se afectaba de verdadera contricion y á veces se áplacaba al momento la ira Divina. Inútil será estendernos para referir, en vista de tantas penitencias, su abstinencia en la comida, que no tomaba mas que tres veces en la semana, bastante vil y escasa. Cuando se veía obligado á sentarse á la mesa de alguno, para rechazar, sin darlo á conocer, los esquisitos manjares que tenia presentes, se valia del artificio de decir, riendo: *¡Que espléndidamente ha comido hoy el borriquito!*

Un alma tan ejercitada en la humildad y mortificacion no puede menos de presentar milagros de paciencia; y que los ha presentado la vida del Beato Juan, se ha visto ya en lo que vá referido de ella. Baste decir que á todas las indignidades de que era blanco, ya durante sus oraciones, ya en sus éxtasis en los hospitales, en las plazas y en las Iglesias, no respondía mas que: *Amado sea Dios*, y que muchas veces, puesto de rodillas, pedia perdon con angélica modestia, por el escándalo que tan justamente castigaban en él, pidiéndole con tal ingenuidad y conviccion, sin embargo de su virtud, que sus enemigos mismos sobrecogidos generalmente de admiracion y estupor, se convertían en un instante en devotos y prosélitos suyos. Extraordinaria debia ser en verdad la paciencia del siervo de Dios, cuando el demonio mismo no contento con incitarlo contra la envidia y malevolencia de los tristes, con frecuencia á cara descubierta y cuando hacia oracion en su celda, lo atacaba con furor y ruido infernal, tratándolo tan bárbara y

cruelmente que espantados sus hermanos del rumor, lloraban de compasion. Pero el paciente Juan, que no oponia al espíritu infernal mas que el aumento de fervor en la oracion y los nombres de Jesus y de Maria, los consolaba, exortandolos á que en vez de temer al demonio por él, estimasen é hiciesen de la oracion el uso que se merece, ya que tan perseguida y temida es por el espíritu maligno.

VI.

Amor particular del Beato Juan, á la pobreza, castidad y obediencia.

La pobreza, ó sea el desprecio de cuanto sirve para la comodidad y lujo de la vida, es muy necesaria á todos en cuanto al espíritu, ó en cuanto al afecto del corazon; pero para todo el que es llamado á vida perfecta para servir á Dios y á sus pobres, no hay duda que es indispensable en cuanto á la realidad, ó como dicen los teólogos en cuanto al efecto. Pronto aprendió nuestro Beato esta leccion de santidad del crucificado; y convencido de que los bienes de la tierra no son mas que lazos y tropiezos, acostumbraba distribuir á los pobres cuanto adquiria, aun desde antes que hiciera el voto de pobreza propio de los hijos de San Juan de Dios. Ya religioso no solo no se reservaba nada innecesario para sí, sino que tampoco como superior retenia la menor cosa de lo que recogia para sus amados enfermos. Todo respiraba pobreza summa en nuestro Beato: sus comidas, sus hábitos, su celda: en sus palabras y en todos sus actos aparecia su amor á esta virtud, y era esto tan notorio de todos, que cuando le ofrecian alguna cosa por pequeña que fuese, se la ofrecian para los pobres, temiendo que se retirara para siempre.

Las virtudes de que hablamos son el único terreno que fecundado por la gracia divina producen las mas puras azucenas de castidad, y que así acontecia con el siervo de Dios era cosa sabida y pública. No podia ser de otro modo, por que para conservar intacta su virginal castidad, dirigia diariamente devotas oraciones á la Reina de las virgenes, al predilecto Apostol de la castidad y á Santa Ines virgen y mártir de tan hermosa virtud. A estas oraciones las hacia mas eficaces tratando tan ásperamente sus carnes, despreciando tan altamente el mundo, y haciendo tan victoriosa é incensante guerra al demonio, que no tan solo debian conservar la castidad del Beato sino elevarla hasta el mas angelico resplandor. Si la brevedad de este compendio lo permitiera deberiamos mencionar en este lugar los fieros y estraordinarios ataques de que se valió el demonio para atentar á su castidad por sí mismo y por agentes suyos; pero á todos los rechazaba nuestro héroe estrechando contra su corazon á el Crucifijo que traia al cuello invocando á su amada Madre Maria, y oponiendo un santo furor á la infame violencia que se le queria hacer.

La obediencia de nuestro Beato no fué inferior á sus otras virtudes, y ciertamente esta contribuyó muy eficazmente para salvarlo de las asechanzas que se tendian á su pureza. Parecia que no tenia voluntad propia ó que la tenia solo para sujetarla enteramente á su director espiritual á quien consideraba hasta en las cosas mas indiferentes, como un oráculo celeste. ¡Lástima es que se halla perdido cuanto escribió sobre este particular el piadoso y docto Don Juan Rendon su director, y á quien por puro espíritu de obediencia daba cuenta minuciosa de todo! Con los años y con su profesion en la orden de San Juan de Dios perfeccionó el Beato esta virtud hasta el estremo de someter su propio parecer al de otros, exigiendo el de sus subordinados á falta de superiores, y hasta el de los inocentes y sencillos niños, seguro de que el espíritu de Dios se le manifestaria y revelaria por medio de estos párvulos.



VII.

Ardentísima caridad del Beato para con Dios.

Seria necesario estar algun tanto iniciado en los principios del Beato para dar alguna idea del amor que profesaba á Dios. Si desde pequeñito manifestaba tanta devocion, tanta piedad y tantos extremos en todo lo que le recordaba á su Dios, y si piadosamente creyendo, jamás se desvió del sendero de la virtud y de la inocencia ¿Cuanto no progresaria con los años en las secretas vias del amor divino? Enternecen las relaciones que sus diversos biógrafos han dejado sobre este punto ó mejor diremos, sobre sus fervorosas emociones de amor, principalmente al Santísimo Sacramento, á Jesus niño y á su Santísima Madre. En ciertas novenas y solemnidades los honraba mas particularmente de todos cuantos medios podia sugerirle el mas ardiente afecto, y de obras de caridad tan enteramente nuevas, que solo su amor ingenioso podia idear y hallar. En los dias dedicados á la pasion de nuestro Señor se poseia tanto con el recuerdo y sentimiento de estos dolorosos misterios que bastaba ver al Beato para conmoverse á devota compasion: muchos buscaban en aquellos dias el bien de contemplarle para exitarse á saludable compuncion y oir las sentidas meditaciones que de cuando en cuando esponia y que hacian derramar copioso y devoto llanto. Como su devocion la concretaba al Santísimo Sacramento, nunca se saciaba de visitarlo y de adorarlo: ante aquella hostia saludable, bajo cuya humilde apariencia se ocultaba la Divina persona de su Amado, de su Bien y de su Tesoro ¡ah! se deshacia en copiosas lágrimas, se le encendia el rostro, palpitábale violentamente el co-

razon, desmallábase, desvaneciase y extaciabase al fin...! Mas facil es imaginar que describir el transporte de amor que experimentaba cuando recibia este pasto divino, creyéndose que cuando se hallaba enfermo, y especialmente en la vispera de la fiesta de San Agustin, de quien era muy devoto, satisfacía Dios de un modo prodigioso su ardentísimo deseo.

La caridad del Beato á Dios llegaba hasta el estremo de tener una íntima y constante union con él. Nunca lo perdía de vista; en todo acudia á su Bien; todo cuanto en la naturaleza se lo representaba, hasta las cosas mas insignificantes, simples imágenes de Dios y de su omnipotencia, elevaban su corazon al Cielo: bastábale arrodillarse para quedar inmediatamente absorto en Dios. Muchas veces se le oía esclamar amorosamente! Dejedme, Dios mio! ¡Dios mio, dejadme! otras suplicar á sus hermanos que lo separasen del lugar sagrado por que no podia desprenderse de él; y otras en fin escapársele en aquellos instantes, y cuando pasaba por delante del altar del Santísimo estos ardorosos acentos: ¡Oh Señor, cuanto os amo: ¡que amabilísimo sois Dios mio! ú otros semejantes desahogos de amor que cual ardientes chispas inflamaban el corazon de los que le rodeaban, los conmovia estraordinariamente y llenaba de fervor. A veces acaecia lo contrario, que Dios le intimaba claramente su separacion del altar, como sucedió un dia que en tanto que sus hermanos lo admiraban absorto y elevado en la contemplacion se oyó una voz que le dijo: *Juan, levántate y vé á la enfermeria, pues necesito de tí para mis enfermos*; cuya voz obedeció al momento, volando á ella ébrio todavia de amor divino, y halló en efecto á un enfermo agitado con un fuerte delirio, á quien sosegó y curó con solo la señal de la Cruz, y á un moribundo desesperado, que entre los brazos de Juan, y despues de un breve tiempo se adormeció con humilde confianza en el Señor. Creemos que con lo referido será facil juzgar á todos el celo que debia inflamar el corazon de Juan por el honor de Dios y de su Iglesia, por la observancia de sus preceptos y por que fuese amado y servido de todos, celo que se mostrará todavia mas en su caridad al prójimo, emanacion, ó mas bien, efecto necesario del amor de Dios.

VIII.

Laboriosa caridad del Beato para con el prójimo.

Todo cuanto hasta aquí se ha dicho basta, no solo para dar una grande idea de la caridad de Juan á sus semejantes, sino para demostrar además la verdadera y purísima fuente de donde fluía tanto ardor por servirlos y hacerles bien. Pero como esta virtud forma el caracter distintivo del siervo de Dios y el de la orden que profesó, nos vemos obligados á resumir al menos sus actos cotidianos, que no tenían otra norma ni base que el ejercicio de esta virtud. Inseparable era en nuestro Beato, tanto en sentimientos como en los hechos, su amor á Dios y el que profesaba á el prójimo, los cuales presentaban en la práctica un maravilloso contraste, por que se le veía continuamente contemplando absorto á Dios, y continuamente ocupado con los pobres: siempre ante el Santísimo Sacramento desahogando su amor, y siempre entre los enfermos, ó buscándoles limosnas. ¡Oh! ¡Cuanto trabajaba por el culto y honor de los templos; y cuanto se afanaba por los pobres, llevando sobre sus hombros, ya las alforjas, ya las camas para ellos, y á los débiles y estropeados al hospital, ó ya distribuyendo magnánimamente entre los que juzgaba mas necesitados, y apenas lo habia recogido, lo que adquiría de la piedad de los fieles! Jamás reusó admitir á todo el que se presentaba en su hospital aun cuando estuviese lleno: sus hijos, pues así llamaba á los enfermos, constituian su delicia, siempre se le veía al lado de ellos, ya arreglándoles la cama, ya curándoles y aseándoles las llagas, ya enjugándoles el llanto producido por el dolor, ó ya en fin ayudando los intereses con prudentes

consejos y validos apoyos. Pero ¿quien podrá referir con exactitud la caridad que ejercia el Beato fuera de su hospital, socorriendo con solicitud y destreza verdaderamente maravillosas, á la viuda, al huérfano, al que se hallaba en peligro, á ignoradas familias necesitadas y á los encarcelados? Faltó muy poco para que la ciudad de Jerez venerase en él al Beato Juan de Dios resucitado, durante una horrible carestia acaecida el año de 1579; tan sobrehumanamente se multiplicaba en todo y en proporcionar á todos pan y demas clase de alimentos. Semejante entusiasmo en los Jerezanos nada tiene de extraño por que en aquella ocasion se mostró su caridad verdaderamente iluminada y activa. Con anticipacion habia reunido, no se sabe como, una extraordinaria cantidad de grano, que reducido á un pan excelente, lo distribuia con una regularidad que á todos satisfacía, entre las clases mas necesitadas del pueblo, dando una á los hombres, otra á las mugeres y la otra á los niños. Leese en los expedientes de beatificacion que el Cielo mismo concurrió en esta ocasion á ayudar la caridad del Beato, lo que acreció la admiracion de los habitantes, viendo renovados con el pan de Juan, los prodigios del Salvador cuando alimentaba á las turbas hambrientas en el desierto. En este lugar debemos llamar la atencion, como demasiado raro, sobre uno de los dotes de la caridad del siervo de Dios pues no solamente era universal, desinteresada y paciente, sino tan pronta ademas que parecia tener á la mano hasta aquellos recursos que ni son fáciles de esperar ni aun imaginar: no habia necesidad por instantánea que fuese su remedio, ni miseria por grande y extrema que fuese, que inmediatamente y sin titubear no socorriese. En una ocasion se le presentaron á un mismo tiempo trescientos soldados españoles heridos, escapados de los ingleses, abrumados de cansancio y de hambre, y cual una piadosa madre socorre á sus hijos, los socorrió el Beato á todos y á cada uno en particular con afanosa prontitud: si encontraba alguna turba de muchachos desnudos y hambrientos se complacia en enjugar inmediatamente sus lágrimas, satisfacer su hambre, y vestirlos. Con otros muchos hechos semejantes á estos podriamos enriquecer este compendio si no consideráramos mas conveniente decir alguna cosa

acerca de la caridad de Juan respecto á las almas de sus prójimos.

La caridad fraternal, segun las máximas del Evangelio, sirve y socorre en el prójimo á la persona de Jesucristo, por lo tanto es imposible que deje de dirigir todos sus cuidados para el bien de las almas de las personas á quienes procura asistir en la salud y bienes temporales. Tal fué en efecto la caridad del Beato: siempre empezaba la curacion corporal de sus enfermos, con la del alma, cuyas culpas son á menudo la causa de los males fisicos, y hacia esto con tal delicadeza, insinuacion y destreza que casi siempre conseguia su deseado intento. Algunas veces encontraba resistencia, obstinacion y hasta desprecio; pero recurriendo entonces á la oracion, á los ayunos y á los azotes, conseguia con lágrimas ardientes la suspirada conversion de los endurecidos pecadores, y que se mostrara á veces tan superabundante la misericordia de Dios en la contrición de ellos que servia de edificacion universal. Era pues considerado el hospital de Juan como un asilo de penitencia, ó mas bien como un santuario de misericordia al que acudian espresamente muchos para que se les ayudase, y del que salian todos bendiciendo la bondad Divina y la del siervo de Dios por el doble beneficio de haber adquirido la curacion del alma y la del cuerpo. No pudiendo satisfacer los estrechos limites del hospital á la tierna compasion que tanto movia al Beato para socorrer las miserias temporales del prójimo, como se hubiera abstenido de procurársela á los de fuera con todo el celo de su ardentísima caridad: á Dios; Como dejar de impedir las ofensas que á este se hacian; de arrebatat almas al pecado y de inflamar, si le hubiera sido posible, todos los corazones del amor debido á su divino y único Amante? Imitando al Patriarca cuyo hábito vestia, se dedicaba especialmente á la conversion de las meretrices, proporcionándoles medios de seguridad y penitencia: para convertir sus ciegos corazones, se valia ordinaria y admirablemente de fervorosas exhortaciones tomadas de la pasion de Nuestro Señor ó prevaleiéndose de los sermones de algun celoso orador, se presentaba en ellos azotándose hasta hacerse sangre y clamando penitencia, con lo que arrancaba lágrimas de sincera compun-

cion al numeroso auditorio. Todo el tiempo que podia quitar á sus ocupaciones lo consagraba al tierno cuidado de los niños, á quienes rodeándose de ellos, repartia, con regalitos y pedacitos de pan, el verdadero de la divina palabra, enseñándoles la doctrina y cuanto era necesario. Todo el mundo recordaba y admiraba los prodigiosos efectos que producía su caridad en las almas de los moribundos y condenados á muerte. Tenerlo al lado en aquellos instantes se consideraba como el medio mas seguro de morir bien: algunos de sus detractores y perseguidores disfrutaron de este beneficio, para quienes consiguió una buena muerte, ya que su bella y generosa alma no podia procurarles otro beneficio. El interes que se tomaba la caridad de Juan por las almas despues de la muerte y por las del Purgatorio ¡oh! ¡no es posible imaginarlo! Consideraba en ellas otras tantas esposas de su amadísimo Jesus, de modo que no habia cosa por difícil y fatigosa que fuera que no adoptase para conseguirles sufragios y hacérselos el mismo.

IX.

Dones espirituales y gracias extraordinarias con que el Cielo favoreció al Beato.

Ya es tiempo que digamos algo sobre los favores y dones extraordinarios con que el Cielo recompensaba la fidelidad de su siervo en la tierra, pero considerando que en un compendio destinado á dar solo una idea de su virtud para edificacion comun de los fieles se requiere la brevedad, nos limitaremos á referir solo lo mas esencial, lo mas público y lo mas probado que resulta de los expedientes de beatificacion, respecto á es-

tos dones, que aunque testifican su heroica virtud, no son indispensables para la misma. El don de altísima contemplacion que continúa y progresivamente acrecia á éxtasis maravillosos, era cosa tan comun en Juan que ni ofrecia la menor duda, ni causaba estrañeza á las personas que lo trataban con frecuencia; podia aplicársele lo que se dice del Beato José de Copertino: que pensar en Dios y extaciarse era una misma cosa. Durante sus éxtasis permanecia muchas horas inmovil como un cadaver: algunas veces se elevaba repentinamente en el aire, y á veces brillaba su rostro como una luz resplandeciente. Esto acontecia ordinariamente en las iglesias públicas en presencia de muchas jentes; pero los casos mas notables fueron los acaecidos un jueves santo en las Iglesias de San Juan de Letran y San Francisco en Jerez y junto á una fuente llamada Vidallejo inmediata á dicha ciudad; y en Sevilla en la Iglesia de San Diego, donde ante los buenos Religiosos sobrecojidos de espanto permaneció suspenso en el aire por espacio de muchas horas, radiante con una luz que parecia que la Iglesia estaba ardiendo.

La ciencia que Dios le infundia era conforme á tales gracias. Los mejores teólogos de Jerez confesaron que en una sola conferencia con el Beato habian aprendido mas, principalmente sobre el misterio de la Santísima Trinidad, que en todos sus libros al cabo de tantos años de estudio. De todas partes acudian á porfia predicadores, religiosos, caballeros, letrados y personas atribuladas para consultarlo y obtener algun saludable consejo ó consuelo. El encontrar esta ciencia en el Beato no debe causar estrañeza si se considera que Dios le concedia la facultad de conocer las cosas mas ocultas y secretas y hasta las mas remotas y futuras. Al Gobernador de Jerez hallándose enfermo de muerte lo animó y predijo con admiracion de cuantos estaban presentes, que concurriria á la próxima fiesta de San Francisco, como así sucedió; á D.^a Isabel de Avila, la muerte de su hija, á quien consoló y prometió que tendria otros tres hijos, que en efecto tuvo; á Baeza su confidente le prometió que dentro de cierto tiempo que le marcó, obtendria un cargo que deseaba mucho; y á muchos en fin anunció, á unos la curacion, y á otros la muerte que

les amenazaba, y que murieron por no haber creído, ni seguido el consejo del Beato. Cuando la gran sequedad de Jerez, é interin conseguia con sus oraciones y penitencias la tan deseada lluvia, vaticinó que muy pocos de los que estaban vivos disfrutarian de la abundantísima recoleccion que le seguiria, y así sucedió en efecto por que sobrevino una horrosa peste. Veia las cosas remotas como si las tuviera ante sus ojos; así es que prometió á D. ^o Beatriz de Vargas la próxima libertad de su marido hecho prisionero en el mar por Ingleses, descubriéndole minuciosamente las heridas que habia recibido en la cabeza. Pero lo mas sorprendente fué, cuando estándose celebrando rogativas en la Iglesia de San Francisco por el buen éxito de la expedicion nabal de Felipe II. contra los Ingleses, vió en espiritu la pérdida total de aquella poderosa flota; siendo tanto el dolor que esperimentó, que durante el éxtasis dió un gran grito de espanto que llenó de consternacion á todo el concurso, como presagio funesto de lo que le sucedió en aquel mismo dia. Omitiendo otros muchos hechos, concluiremos este relato con la revelacion que tuvo de su muerte, la que muchas veces y con bastante anticipacion manifestó detallando sus mas mínimas circunstancias, ya en parábola como lo hizo á un Canónigo de la Catedral, ya francamente diciendo la enfermedad, el dia, el lugar, la manera tranquila de morir y la poco decente sepultura que se le daría; y por que su amado cófrade Pedro Egipciaco le protestaba que la última circunstancia de la sepultura, aunque tan deseada por su humildad, no se verificaria por que el procuraria honrar su cadáver, le aseguró Juan que él seria el primero que le abandonaría.

Para dar una idea de los favores ó prodigios con que le asistia continuamente el cielo, no haciendo mencion de las frecuentes apariciones de Jesucristo, de Maria Santísima y demas Santos, recordaremos solamente la del Angel de aspecto amenazador que se le aparecia para defenderlo de los que atentaban á su castidad virginal: recordaremos tambien los castigos que Dios imponia á los que motejaban y perseguian á su siervo entre los cuales se cuenta el de una muger á quien se le quedó la mano helada y seca en el momento de ponerla

por escarnio sobre la boca abierta del Beato, durante uno de sus éxtasis: tambien los alimentos que frecuentemente proporcionaba el Cielo á él y á sus compañeros en las mas grandes necesidades; y por último el multiplicarse milagrosamente en sus manos todo el pan y dinero destinado en favor de los pobres. Este milagro era tan notorio en Jerez, que en las novenas de la Natividad y de la Epifania principalmente, en que por honrar á Jesus niño no cesaba de dar limosnas, procuraban muchos por sola devocion y como preservativo de males, adquirir el pan prodigioso del Beato, cambiandolo por el que ellos daban abundantemente para sus pobres. Admirable, y tal que recordaba los tiempos de los Apostoles, era la virtud concedida al Beato en favor de sus enfermos: muchos dementes y locos sobre todo consiguieron prodigiosamente la salud y el perdido juicio, pues apenas el Beato se enternecia con su presencia, para lo que bastaba muy poco, cuando reavivando inmediatamente su compasion la confianza propia en Dios, les ponía las manos sobre la cabeza ó les hacia la señal de la cruz en la frente y los curaba perfectamente.

Entre las curas milagrosas operadas por nuestro Beato merece particular mencion la siguiente: unas mugerzuelas que hacian algunos actos externos de piedad, pero propensas por otra parte á criticar y vituperar la virtud que se manifestaba en otros, calificaron al siervo de Dios de negligente y falto de caridad en el trato que daba en su hospital; y como prueba de ello citaban á un infeliz fuertemente acometido hacia ya años de mal caduco, que se hallaba postrado sobre una mezuquina y miserable camilla en vez de tenerlo en una buena cama. A tal improprio, el mansísimo Juan, haciendo la señal de la cruz sobre el enfermo le dijo: *Vamos, levántate y vete sano en el nombre de Jesucristo y por intercesion de su Santísima Madre*: entonces el enfermo con estrema pero saludable confusion de las mugeres se levantó y marchó bendiciendo á Dios y á su bienhechor. Concluiremos este artículo refiriendo el modo todavia mas prodigioso con que consoló á una madre desconsolada por la muerte de un hijo único y pequeño que tenia: conmovido Juan con los agudos gritos que oyó al pasar por la casa donde vivia, entró en ella y viendo

la causa de ellos, alzó los ojos al cielo y acercándose al pequeño cadaver le dijo haciendo la señal de la cruz: *Levántate, pues te lo mando en nombre de Jesus y de su Santísima Madre*: el niño entonces cual si á aquella voz despertara de un ligero sueño, se sentó estendiendo sus manitas á la madre estupefacta, con admiracion y bendiciones de cuantas personas estaban presentes.

X.

Muere el Beato victima de su caridad, y como habia predicho se le sepulta indignamente.

Un héroe de caridad como Juan se dá á conocer por solo el sucinto relato que llevamos hecho: mucho debió estimarlo el Cielo cuando no lo dejó largo tiempo entre nosotros. Lo mismo que sucedió con su Santo Patriarca á quien se asemejó tanto debia suceder con él; pero si se le asemejó en edad, en modo y en causas próximamente iguales, no en circunstancias como habia deseado y predicho á menudo el mismo. ¡Oh; cuan admirable es Dios en sus Santos! El humilde Juan Pecador unido á Dios con una intimidad tan extraordinaria que raramente se admira hasta en los mas célebres siervos del Señor, sabia muy bien que se le habia de honrar mucho en esta tierra para él tan vil; así es que pedia continuamente á Dios que su muerte y su sepultura fuesen olvidadas para siempre. Este deseo era tan sincero y tan ardiente en él que muchas veces motivaba afectuosos discursos y debates entre él y sus hermanos de religion, fundándose Juan en aquella gran verdad: de que el hombre no es nada mas que lo que

aparece á los ojos de Dios; y que todo es una nada vil, escepto el amar á Dios; por cuya razon deseaba verdadera y cordialmente que se le sepultase bajo un monte, para que ni se encontrase su cuerpo, ni se hablase jamás de él. La humildad es, entre todas las demas virtudes, la que mas estima Dios en sus siervos; de modo que no puede saberse si los ayuda para perfeccionarlos en tan bella virtud, ó para exaltarlos á medida que mas se humillan. Esta conducta observó cabalmente la Bondad divina en la muerte y sepultura del humildísimo Juan.

Conforme á lo que el siervo de Dios habia vaticinado, una peste maligna se presentó y ensañó en Jerez, privando á muchos de ver y gozar la grande abundancia que debia seguir á la ya experimentada carestia. Su caridad, siempre admirable en todas ocasiones, y principalmente en las calamidades públicas, se mostró en aquella triste desgracia increible, semidivina, pues fué tal el amor que desplegó entonces en favor de sus prójimos, que cuanto hizo en los primeros cuarenta años continuos de su vida es nada comparado con lo que obró en estos últimos dias de su existencia: puede ciertamente aplicársele lo que dice el Apostol de la caridad de su divino Maestro: *cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*. Pocos dias antes de su muerte fué advertido de su proximidad por el Cielo; principalmente, segun confesó á instancias de sus cofrades que habian acudido á su celda llevados de una suavisima fragancia que salia de ella, por su amada Madre Santa Ines, que acompañada de un coro de Virgenes, lo invitaba con la mas dulce melodía, á que la acompañase al Paraíso, mostrándole al mismo tiempo tres coronas destinadas pare él. Imposible es manifestar el ardor con que se preparaba á la muerte, y con el que, encierto modo, esperaba la propagacion de la fatal enfermedad que apesar de haber procurado alejarla con toda clase de oraciones y penitencias, y hasta ofreciéndose á sufrir en sí mismo todo el castigo, debia irremisiblemente visitar á su amada Jerez. En cuanto se presentó la peste, se consagró inmediatamente á aquel desolado pueblo con su propia persona, con las de sus cofrades, animados todos con sus palabras y su ejemplo, y con todo cuanto

podia disponer. Los habitantes teníanlo por su Angel tutelar, y solian decir con frecuencia: que la muerte misma con él al lado, se hacia dulce y apetecible; tan indecible era el consuelo que todos, principalmente los apestados, experimentaban al verlo. Todos clamaban por él y todos sentian mas su ausencia que la misma enfermedad, aunque nuestro Beato procuraba con la mayor diligencia hallarse en todas partes; asistir y consolar á todos, y administrar á todos las medicinas. ¡Pródigioso era en verdad que pudiera hacer y sobrellevar tanto! Pensaba en todo; proveía á todo lo necesario para los hospitales y para las casas, para los sanos, para los infestados y para los muertos; estaba en fin en todo y para todo, hasta que abrumado ya de tanta fatiga, de tantas vigiliass, y mas que nada de su ardentísima caridad, se entregó exánime en los brazos de sus amados confrades, que al verlo, sospecharon se hallaba acometido de la enfermedad que existia.

Tanta caridad debia ser coronada con la palma del martirio, que le igualara á los Mártires de la Fé. ¡Cuanto la deseaba nuestro Beato! ¡Cuanto le aquejaba el temor de morir por otra causa distinta que la de la caridad, y por otra que no fuera la de sus pobres! Atacado se hallaba en efecto de la peste; pero como él lo esperaba asi habia procurado prevenirla con una de sus acostumbradas y caritativas precauciones, haciendo desocupar su celda de los mezquinos muebles que contenia, para salvarlos en beneficio de sus pobres. Ocho dias tuvo la penosa calentura de aquella peste bubónica, que empleó en prepararse á la muerte con maravilloso fervor, y en arreglar con sus amados hermanos los asuntos de sus pobres y de su hospital. Aflictivo era en demasia el espectáculo que ofrecia el verlo en aquella desnuda habitacion, y sobre una miserable cama; pero Dios que no dejó un instante de asistir á su siervo con favores y prodigios, ilustraba aquella celda con celestes apariciones, difundiendo en ella un olor suavísimo, y preservando del contagio á cuantos allí entraban. Instruido Juan de esto por el Cielo, aseguraba á todos los que necesitaban de sus caritativos deseos, que no sufririan daño, aunque se les aproximaran; por lo que deponiendo el temor muchas personas ilustres y piadosas, que lo sostenian con

generosas limosnas, entraban animosas á tratar con él sobre las deudas del hospital; y en vez de sufrir mal alguno, salian llenas de alegria y de inesplicable consuelo, sucediendo hasta el quedar curados de enfermedades que anteriormente padecian. La caridad del Beato en aquellos instantes afectuosísima, tanto, que parecia que no sentia dolor alguno; pero para con sus hermanos mostraba la ternura que una madre experimenta al dejar para siempre á sus hijos. Exhortábalos, sobre todo á practicar aquella universal y laboriosa caridad de que habia dado tan perfecto ejemplo: excitábalos para que en aquella pestilencia socorriesen valerosamente con toda clase de auxilios á los pobres habitantes, asegurándoles que cesaría en breve. ¡Ah: quiza nuestro amado Juan cual víctima propicia se ofreció él mismo con este objeto á Dios! Así al menos lo creyeron los Jerezanos, cuando supieron que se hallaba acometido de la peste; y tanto la nobleza como la plebe esperaban temblando la noticia de la muerte de su Bienhechor y Padre, como lo que debia poner el colmo á sus desgracias. Presentose al fin el 5 de Junio de 1600 tan deseado y vaticinado por el Beato: quien, despues de haber pedido y recibido otra vez, el Santísimo Sacramento con su viva fé y ferviente devocion, dejó el lecho, y arrodillado, como San Juan de Dios; estrechado el crucifijo contra su corazon; espiró suavemente en el seno de su Dios en dulcísimos coloquios con Jesus y Maria y sus predilectos Abogados. Tenia 54 años; era de mediana estatura, lleno de carnes; de cabellos rubios, redondo de cara, ordinariamente palido por los frecuentes accesos del fuego divino que ardia en su corazon, y amabilísimo por caracter.

La noticia de su fallecimiento se difundió rápidamente por la ciudad, y como si no hubiese á nadie á quien llorar, no lamentaban mas que la pérdida de su amado Padre y Protector Juan, olvidando con su pérdida la peste y cuanto les era amable. Por todas partes se veian huérfanos, viudas y pobres derramando un diluvio de lágrimas por la pérdida del que los alimentaba: parábanse unos á otros para preguntarse si era cierta tamaña desgracia, y para desahogar el dolor, repetianse sus virtudes, sus milagros y sus santas obras. ¡Oh

cuantos en aquellos primeros dias descubrieron prodigios, hasta entonces desconocidos, de su penitencia y caridad al prógimo! Los Religiosos de San Francisco se señalaron en el comun sentimiento, predicando las repetidissimas maravillas que habian presenciado en su Iglesia, tan frecuentada por el Beato, haciendo de ellas un motivo para atraer al pueblo á la penitencia, puesto que Dios les habia quitado el que acostumbra aplacar la ira divina, y para merecer que se cumpliera la prediccion hecha por el Beato, de que tan pronto como muriese los libraría Dios de la peste.

¿Quien no habia creído, que con un dolor tan universal y sincero en toda la ciudad, y cesado ya el azote á los pocos dias, como habia prometido el Beato, no se habia de celebrar un triunfo de veneracion y gratitud por todos los habitantes de Jerez á porfia, contándose entre ellos tantos devotos y personas que le debian reconocimiento? Nadie pensó en esto, pues Dios permitió que entre tantos sinceros y agradecidos admiradores, no hubiese uno á quien se le ocurriese la idea de ir al hospital á venerar sus despojos mortales, y procurarles la conveniente sepultura, que ni aun sus mismos cofrades lo pensaron y mucho menos aquel Pedro Egiciaco que tan afecto le era, y que tanto habia protestado sobre este punto. Quizá los buenos Religiosos estaban atontados por el dolor, ó mas bien excesivamente ocupados y distraídos, asistiendo en diversos sitios de la ciudad á tanta infeliz víctima de la enfermedad, que parecia encrudecerse cada vez mas, y cuya asistencia tanto les habia recomendado el Beato á su muerte. Sea como quiera, lo cierto es que la Divina Providencia, para satisfacer la humildad de Juan, dispuso que su venerado cuerpo fuese abandonado á cuatro ganapanes, que amarrándolo con una soga por el cuello y por los pies, y arrastrándolo por una escalera abajo lo llevaron á un huerto próximo en donde lo arrojaron en una hoya, que cubrieron de tierra y apisonaron con los pies; todo conforme á lo que mucho antes habia revelado y descrito minuciosamente el mismo Beato.



XI.

Gloriosa traslacion del cuerpo del Beato, y prodigios acaecidos despues de su muerte.

De modo tan humilde y despreciable acabó su carrera el Beato Juan Pecador, Apostol de Jerez y de toda Andalucia. Con él se hubiera desvanecido la memoria de su nombre, si hubiera servido al mundo y se hubiera hecho célebre con su gloria vana, pero siempre la despreció é incesantemente huyó de ella, no cuidándose mas que de cumplir su destino, ejercitando aquellas obras que solo son grandes en cuanto lo son para los ojos de Dios. Aunque el Omnipotente secunda la humildad de sus siervos durante su vida mortal, y él mismo derrama á veces el caliz de las humillaciones sobre ellos, permitiendo que se conciban dudas y siniestros juicios hasta mas allá del sepulcro; sin embargo, suele con desusados prodigios anticipar la justificacion del dia final, obligando al mundo mismo á que exalte la virtud que en un principio desdeñaba y colmaba de desprecio.

Los hermanos de Juan, cesado que hubo el azote de la peste, se acordaron de su amado Padre; lo desenterraron, y habiendo encerrado sus despojos mortales en una caja, sin mas honor, los volvieron á colocar en la fosa donde se hallaban; pero habiendo pasado á las pocas noches por el huerto, sitio por donde se iba á la Iglesia, advirtieron que el terreno estaba elevado, y que la caja se mostraba á flor de tierra. Recobrados de la admiracion que semejante suceso les causara, resolvieron examinar mejor el prodigio en las noches siguien-

tes, acompañandose de testigos, y participarlo al Vicario general. Este, aunque era grande admirador de las virtudes del Beato, no hizo caso y consideró todo como una ilusion. Sin embargo como el prodigio continuaba, el Hermano Superior Fernando Indigno, elegido sucesor del Beato, presentó al Vicariato una relacion formal y justificada de él. El Vicario general entonces trató de asegurarse del hecho para lo que de improviso, unas veces solo, y otras acompañado, se trasladó en persona al sitio, en donde al ver tan nuevo espectáculo, no pudo menos de derramar abundantes lágrimas de ternura, y ordenar despues de haber invocado la luz divina con fervientes oraciones, y consultado con otros, que se trasladase aquel venerable depósito á la Iglesia del hospital dedicada é San Sebastian. Esta determinacion fué un verdadero triunfo para la virtud del Beato y para sus religiosos: el magnífico aparato, el concurso de forasteros y vecinos de Jerez, las solemnisimas exequias que se le hicieron, y los elogios que sobre aquellos venerables despojos prodigaron á porfia los oradores mas célebres, darian por sí solos asunto para formar una larga é interesante historia. La memoria, aun reciente, de las obras y beneficios de Juan habia excitado un entusiasmo universal; el impetu de devocion de la multitud que se sucedia continuamente, era tal que sus exclamaciones de júbilo y llanto, de gratitud y de invocacion, bendiciendó todos al Dios que tan grande se manifestaba en sus Santos, interrumpian á cada instante las sagradas ceremonias y hasta á los oradores.

Como despues de este triunfo continuase Dios exaltando á su siervo con prodigios estraordinarios, el Arzobispo de Sevilla procuró recoger pruebas auténticas y canónicas de ellos, y aun instruyó un espediente en forma por orden de Urbano VIII, á quien la ciudad de Jerez habia acudido con vivas instancias para este fin. El sitio de su primera sepultura, el polvo que la cubria y todo cuanto habia pertenecido al Beato, se convirtió en instrumentos de prodigiosas curaciones, y de medios para multiplicar los socorros en favor de los pobres, que constituian en vida de Juan el objeto de su ternura. Las gracias que refieren los espedientes instruidos en Sevilla haberse obtenido por medio de sus reliquias son entre todas las

mas notables. En los mismos se habla de varias apariciones, pero limitándonos al objeto de este compendio mencionaremos solo la siguiente. El hermano Pedro Egipciaco se dirigió á Roma por mar con la comitiva del Cardenal D. Juan Garcia Melino, Legado de la Santa Sede en Madrid, á quien la reina D. ^a Margarita de Austria lo habia eficazmente recomendado; hallándose ya internados en el Golfo de Leon, con rumbo á Génova, se vieron repentinamente sorprendidos por una tormenta tan deshecha, que temian á cada instante que el buque que los conducia se fuera á pique. Pedro Egipciaco, en semejante conflicto, y con el vivo afecto propio de tales circunstancias, invocó á su amado Juan, encomendándole con gran confianza al Cardenal, los negocios de la iglesia y de la orden, que le conducian á Roma, y á todos los que se hallaban en peligro. A aquella ferviente invocacion el siervo de Dios, circundado de una luz resplandeciente apareció visiblemente sobre el palo mayor y en actitud de amenazar al mar. Esta vision infundió repentinamente en todos una emocion de consuelo y alegria; calmó el mar, y llegaron al puerto sanos y alegres, bendiciendo á Dios que los habia salvado, y á su amado siervo.

XII.

Milagros aprobados en el expediente de Beatificacion.

Para completar este compendio, añadiremos los dos milagros que la Santidad de N. S. P. Pio IX reconoció y aprobó en el aula máxima del Colegio Romano, por solemne decreto espedido el 17 de Enero del año de 1852, en el expediente

de Beatificacion de Juan Pecador, que por el fervor de sus hermanos de la Congregacion de Italia se llamó en estos dos últimos años al Tribunal de los sagrados Ritos, despues de cerca de dos siglos de haberse incoado por la Congregacion de España, con la dolorosa alternativa de largas interrupciones, causadas por la falta de medios y por las vicisitudes políticas. Estos dos milagros acaecieron á fines del siglo pasado. El motivo del primero lo produjo Ana Lucia Petrofanti, pobre campesina de Barco, pueblo adyacente de Tivoli, ciudad situada á 18 millas de Roma. Esta pobre y piadosa muger por causa de la vida penosa que tenia, y por el ningun cuidado que tuvo con unas tercianas, que hacia dos meses le aquejaban principiò á dar señales de idropesia que dejeneró bien pronto en ascitis, complicándose y haciendose tan grave por otras cuantas circunstancias, que fué necesario transportarla el 15 de Octubre de 1776 al hospital público de Tivoli, dirigido por los Padres de HACED-BIEN-HERMANOS. Habiéndose persuadido la enferma que su mal era incurable, prefirió morir en su pobre casa, y quiso que se le volviese á ella. Yacia alli angustiada doliente y sin consuelo, cuando un cierto Pedro Bombelli, persona acomodada de Tiboli, movido solo de caridad fué á visitarla el 6 de Enero de 1777. Viéndola sufrir tanto, la exhortó para que se encomendase al venerable Juan Pecador, cuya heroica virtud habia reconocido hacia pocos meses el S. P. Pio VI, y le dió una lámina del mismo. La buena Lucia no hizo al principio mucho caso de la exhortacion, pero agrabándose la enfermedad, el temor de la muerte despertó en ella la confianza en el siervo de Dios, principalmente la noche del 13 de dicho mes que hallándose sumamente fatigada, de modo que no podia respirar, se encomendó fervorosamente al Beato y se durmió. Despertándose á media noche, notó con una sorpresa y contento inesplicable que se movia y respiraba libremente: se levantó entonces por si sola sin encontrar hinchazon ninguna en su cuerpo y tan perfectamente curada, que desde la mañana siguiente pudo aplicarse á sus acostumbradas y anteriores ocupaciones.

El otro milagro se efectuó tambien en Tivoli el dia 4 de Mayo de 1780 en favor de un campesino llamado Generoso

Mariani, por sobrenombre Anche-Anche. En dicho día que lo era de gran fiesta popular, se travó de palabras con el cochero del Arzobispo, y como un hijo de su adversario viera que se acaloraba la disputa, temiendo por su padre, se arrojó á Generoso y con un cuchillo lo hirió en el pecho y la garganta, de cuyas resultas cayó el infeliz desvanecido y derramando gran cantidad de sangre. Inmediatamente se le condujo al hospital de HACED-BIEN-HERMANOS, en donde reconocidas las heridas se calificaron de ligera la del pecho y gravísima la de la garganta, por que había roto dos anillos de la traquea y dañado el exófago de modo que salían con la sangre las bebidas que le daban. El cirujano que le asistía apesar de cuanto hizo no pudo ni unir los labios de la herida, ni aplicarle el oportuno bendaje, no solo por la dilatacion de ella sino tambien por el continuo derrame de sangre, el grave anhelo y agitacion del herido. En vista de esto, lo recomendó el 6 de Mayo al Padre Pascual Galeota sacerdote de la orden de San Juan de Dios, para que lo dispusiese á una buena muerte, pero viendo el sacerdote cuan difícil seria persuadir al herido, compadecido de él lo exhortó á que se encomendara al Venerable Juan Pecador, dándole al mismo tiempo su retrato. Aceptólo Mariani con estraordinario transporte, besolo y aplicándolo solo á la herida de la garganta, se encomendó con ardientes lágrimas al siervo de Dios. Manifestose bien pronto una calma poco comun, y un sueño placido sustituyó al delirio y dolor producido por la calentura que lo agitaba. Continuó durmiendo en este estado con sorpresa y admiracion de todos, hasta la hora de la mañana del 7 de Mayo en que solia visitarlo el Cirujano. La admiracion y alegríá que este esperimentó no solo al verlo vivo, sino curado, es mas facil de imaginar que de espresar, por lo que referiremos lo que declaró él mismo en el espediente. »Al verlo, dice, quedé sumamente sorprendido: lo encontré alegre, y con el color natural: lo pulsé, y »le encontré el pulso sereno y natural, sin indicios de la calentura anterior; le hice que se lavantara; le quité las vendas »de la herida.... y quedé sin aliento viendo una curacion tan »instantánea y tan perfecta. Ni yo, ni el Padre enfermero, ni »los novicios pudimos contener nuestro asombro. Creyendo

»que la herida estuviese solo esternamente cicatrizada, la oprimí por todas partes, y encontré el exófago, los anillos rotos y todo tan unido y sólido, como si no hubiera habido lesion. »El herido no esperimentó dolor alguno durante mis tentativas, sino que se encontró tan bueno, que gozó por muchos años una salud y robustez cual no habia jamás gozado.»

Tales son los milagros, que entre otros muchos que se presentaron á la discusion y juicio de la S. C. de Ritos, fueron aprobados en el espediente de beatificacion, que por la evidencia de los prodigios, no menos que por el heroismo de virtud, interesó tanto la Santidad de N. S. P. que aun cuando quedaban todavia otras diligencias que llenar, segun los reglamentos de benedicto 14 de s. m., se juzgó que no debia diferirse por mas tiempo la colocacion en los altares de un ejemplar y protector tan eficaz, para edificacion y ventajas, no solo del Instituto de San Juan de Dios, sino de todos los fieles, principalmente de los pobres y enfermos. Por esto pues N. S. P. Pio IX, despues de haber declarado solemnemente conforme al voto de la Congregacion general de los Sagrados Ritos, celebrada á su presencia el 27 de Setiembre de 1852, que con toda seguridad se podia proceder á la beatificacion selemne de nuestro Venerable, se dignó decretar en Breve de 1.º de Octubre del mismo año: «que el sirervo de Dios »Juan Grande, profeso de la orden de San Juan de Dios se le »diera en adelante el título de Beato, y que su cuerpo y sagradas reliquias (aunque no puedan llevarse en las procesiones públicas) se esponga á la pública veneracion de los »fieles.»

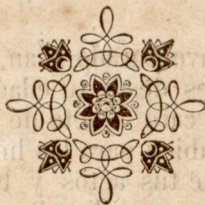
Si se tratase de honra y exaltacion mundana, nos congratulariamos solamente con el mismo sujeto, cuya virtud fué honrada; pero tratándose del divino oráculo pontificio que nos asegura la eterna gloria en que goza y reina nuestro amado Beato, donde jamás entrará la mentira ni la vanidad de este mundo ¡ah! nõ debemos congratularnos mas que con nosotros mismos. Un Beato que con la mayor inocencia de vida, unida á una caridad increiblemente laboriosa para el prójimo, y que con admirable fervor de oracion y penitencia, buscaba á Dios y se unia á él, no solo mistica sino, digámos-

lo así, visiblemente, no puede menos de elevar nuestro corazón con las mas grandes esperanzas, cada vez que, al verlo en los altares, volvamos nuestros pensamientos y deseos hacia él en el Cielo. Y ya que con hechos evidentes nos muestra desde aquel beato asiento, que una profunda humildad guiada únicamente por un sincero deseo de agradar á Dios, puede producir tales efectos de santidad, sabrá tambien obtener de su Dios con mayor prontitud y eficacia, para un fin tan santo, todos los auxilios y gracias que viviendo en la tierra, solia proporcionar espontáneamente á tantas almas perdidas, y hasta á sus mayores enemigos.

¡Oh amado! ¡Oh Beato Juan: que egercitastes tanta virtud en beneficio de los infelices, y principalmente de aquellos males que tanto humillan á la misera humanidad en el bello don de la razon! ¡Ah! dignamente velar piadoso sobre nuestros corazones y nuestro entendimiento; presérvanos de los extravios del error y la impiedad, y persuádenos de aquella gran verdad único fundamento de toda sabiduria cristiana; que nuestra mayor felicidad y gloria consiste en procurar únicamente agradar á Dios, con un sincero desprecio de nosotros mismos, y con un laborioso amor á nuestros prógimos.

OIA PRIMERO.

GRACION X





Triduo en honor del Bienaventurado Juan Grande, llamado el Pecador, religioso profeso del orden de S. Juan de Dios.

DIA PRIMERO.

ORACION I.



Te rogamos, Bienaventurado Juan, por aquella purísima inocencia en que vivistes desde tu edad mas tierna hasta la muerte; que te hacia caro objeto de complacencia, no solo para el Cielo, sino tambien para los hombres, como asi aparecia de tus palabras, de tus actos y hasta de tu semblante; nos concedas aquella pureza y limpieza de corazon y de intencion, para que tambien seamos merecedores de contemplar en el Cielo la Bondad divina. *Un padre nuestro y un ave Maria.*

ORACION II.

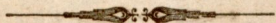
Te rogamos, fervientísimo Juan, por aquel don particularísimo de fe y continua oracion, que arrebatava continuamente y con inesplicable alegría hacia tu Bien Sacramentado, no solo tu corazon, sino hasta tu persona; nos alcances aquella viva fé, que hace tener á la oracion y al Santísimo Sacramento como el único refugio y único consuelo contra las miserias y peligros de esta vida. *Un padre nuestro y un ave Maria.*

ORACION III.

Te rogamos, tiernísimo Juan, por aquella carísima devocion con que consagrastes desde los primeros años tu pureza y afectos á Maria Santísima y á Juan el discipulo predilecto; nos inspires tambien un amor muy sincero y constante á la Reina de las virgenes y al Apostol de la pureza, para que merezcamos la poderosa proteccion que te sostuvo toda la vida, contra los asaltos de la carne y del demonio. *Un padre nuestro, un ave Maria, gloria y antifona como al fin del tercer dia.*

DIA SEGUNDO.

ORACION I.



Te rogamos, humildísimo Juan que aunque rico de gracias extraordinarias y buenas acciones, no te creías digno mas que de padecimientos desprecios y humillaciones hasta el extremo de hacer que te llamaran el Pecador; nos concedas el amado don de santa humildad que con sinceridad de corazon, nos haga cifrar nuestra gloria y delicia en las humillaciones de la Cruz. *Un padre nuestro etc.*

ORACION II.

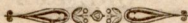
Te rogamos, obedientísimo Juan, por aquella admirable obediencia que desde la infancia conservastes á tus padres y superiores, deseando en ello cumplir únicamente la voluntad de Dios; nos alcances aquel espíritu de subordinacion que arregla nuestros pensamientos y afectos en obsequio de las leyes de Dios y de quien le representa en la tierra, haciéndonos dignos de gozar en este mundo la verdadera libertad de los hijos de Dios y la paz de los justos. *Un padre nuestro etc.*

ORACION III.

Te rogamos, pacientísimo Juan, por aquella grandísima confianza con que te abandonabas entre los brazos de Dios en todas las tribulaciones tanto públicas como privadas, que abría los tesoros divinos para socorro tuyo y de otros; nos concedas igual confianza en la Divina bondad, para que no carezcamos de resignacion cristiana para esperar la ayuda divina y los bienes eternos. *Un padre nuestro etc. como al final del dia tercero.*

DIA TERCERO.

ORACION I.



Te rogamos, Bienaventurado Juan, verdadero Serafin de amor, por aquella ardentísima caridad que tanto inflamaba tu corazón con el amor de Dios, y que se difundía esteriormente con destellos de refulgente luz; nos concedas el puro fuego de amor divino para llorar continuamente las ofensas hechas á nuestro sumo Bien y suspirar por la gloria y santificacion de su santo nombre. *Un padre nuestro etc.*

ORACION II.

Te rogamos, misericordiosísimo Juan, que tanto trabajastes con oraciones, con penitencias y con los mas refinados medios para curar las miserias espirituales de tus semejantes, donde quiera que encontrabas necesidad; que nos alcances tambien aquel verdadero afecto y compasion cristiana de nuestros prójimos, para que en vez de tratarlos con intolerancia y aspereza no procuremos mas que su arrepentimiento y bien eterno. *Un padre nuestro etc.*

ORACION III.

Te rogamos en fin, verdadero mártir de caridad, Bienaventurado Juan, por aquel sacrificio continuo que hicistes de todo para aliviar á tus prójimos en las cárceles y en los hospitales, entre los horrores del hambre y de la peste, hasta morir como precioso holocausto por su salud; nos formes un corazon todo misericordioso para las necesidades de nuestros semejantes, y aun de nuestros enemigos, con el fin de que en el juicio final podamos tambien merecer la divina invitacion de: VENID BENDITOS DE MI PADRE: POSEED EL REINO QUE OS HA SIDO PREPARADO. *Un padre nuestro etc.*

ANTÍFONA.

Este varon despreciando y triunfando del mundo y cosas terrenas, acumuló riquezas en el Cielo.

El Señor conduce á el Justo por el camino recto.

Y le muestra el reino de Dios.

OREMOS.

¡Dios mio! por los merecimientos del Bienaventurado Juan, que sostenido por el ardor de tu caridad se inmoló á tí cual vitima, concédenos propicio que ayudados con su patrocinio y dirigidos constantemente por las obras de misericordia, merezcamos obtener tambien el premio prometido á los misericordiosos. *Por nuestro Señor Jesucristo Amen.*

SECTION II

...que tanto trabajo
...con los trabajos
...de las máquinas
...que nos sirven
...y con el trabajo
...y con el trabajo
...y con el trabajo

SECTION III

...que tanto trabajo
...con los trabajos
...de las máquinas
...que nos sirven
...y con el trabajo
...y con el trabajo
...y con el trabajo

SECTION IV

...que tanto trabajo
...con los trabajos
...de las máquinas
...que nos sirven
...y con el trabajo
...y con el trabajo
...y con el trabajo

...que tanto trabajo
...con los trabajos
...de las máquinas
...que nos sirven
...y con el trabajo
...y con el trabajo
...y con el trabajo